

AGENCIA LEX

CONSULTA JURIDICA -- RECLAMACIONES -- COBRO DE CREDITO -- GESTION DE ASUNTOS PARTICULARES

DIRECTOR: A. REYES

PRINCIPE 15 TELEFONO 395

NO MÁS FUEGO A LOS CABALLOS

EL MEJOR RESOLUTIVO Y EPISPÁSTICO
NO DESTRUYE EL PELO NI DEJA MARCAS EN EL ANIMAL

Numerosos veterinarios españoles han certificado los sorprendentes resultados obtenidos con el empleo del LINIMENTO... en los casos más rebeldes de cojeras, luxaciones, exostosis ó sobrehuesos, vejigas, etc., asegurando resultados que supera á los conocidos hasta hoy, y aun el mejor actual, por la seguridad y energía de su acción.

Se vende en las principales farmacias

AL POR MAYOR Se envían frascos por correo, á los que remitan su importe de 9 reales en sellos de correo.

DEPÓSITO LEGAL Y G.º
FARMACIA S.º DE BARCELONA

¿Es realmente la legítima marca de los Lithinés?

Si, señora... son de GUSTIN

¿Por qué deben exigirse los de GUSTIN?

¿Quién no conoce los Lithinés del Doctor Gustin? La fama que han adquirido ha llegado á ser mundial. Más las personas que usan este producto se encuentran expuestas á insidiosas ofertas de productos supuestos equivalentes, en realidad sin valor científico ó terapéutico. Será necesario recordar que, en efecto, una fórmula como la de los Lithinés del Doctor Gustin realiza una verdadera síntesis de productos químicamente puros, dosificados con meticoloso esmero en laboratorios que cuentan con incomparable material. Por eso nunca aconsejaremos lo bastante al público que se defienda contra tan dañino fraude. Los

Lithinés del D^r GUSTIN

tienen el nombre del Doctor Gustin sobre todos los papeles. Aquellas á quienes no les gusta el vino puro para beber, lo mezclan con agua, mineralizada instantáneamente con este producto maravilloso, contra las enfermedades de

Riñones, Hígado, Vejiga y Articulaciones.

DEPOSITARIO ÚNICO PARA TODA ESPAÑA: DALMAU OLIVERES, 14, Paseo de la Industria, 14 - BARCELONA

¡Insisten! ¡Exijan el nombre del doctor!

APARATOS Y DISCOS MARCA: Gramófono

Palabra y Marca Registradas

Gran Taller de Cerrajería Mecánica
Ricardo Carmona Ruano

PASEO DE VERSALLES, 4

Reparaciones mecánicas - Ajuste de motores de todas clases y piezas de recambio

Economía y rapidez en los encargos

DISPONIBLE

CASA ROSALES

LOS MEJORES SOMBREROS
FABRICACION PROPIA

Calle de las Tiendas núm. 4 :: Almería

NARRACIÓN CRIOLLA

APASIONADAMENTE

Por Fernández Rodríguez

— ¡Ciriaco!
— ¿Hum?
— ¿En qué andas? — curioseó Ramón Gauna.
— ¡Escrillando!
Ciriaco, lerdo, continúa su tarea. El viento que sopla de la costa le tira del poncho, le apura. El sigue al tronco. No conoce la prisa, jamás se dejó llevar por vientos, ni entusiasmos, ni consejos. Lleva un año sin salir del galpón, siempre torvo, con el gacho a pique sobre las cejas. Callado. Con la chupa a la mano, la «pava» al pie y el «cenizo» a la vista.
— ¿Estás enfermo? — insiste Ramón.
— No.
Gauna se tira del poncho. Consulta el reloj; son las cuatro. Es de noche aún. De tanto en tanto el viento «chifla» en la cimbrera. Ramón se asoma.
— ¿P'ande vas con la rastra?
Al muelo rato, Ciriaco deja de morder el freno del Carbejo, tira el pucho, escupe en favor del pampero y responde.
— ¿Quieres saberlo, mesmo?
— ¡Claro!
— ¡Salí zñuera y mirá.
Son hermanos de madre. Ciriaco es el mayor. Doña Marta lo tuvo a medias con el sargento Mendoza, un maragato que valido de su autoridad clavó aquellos dos ranchos a veinte metros del agua, en el terreno «patria». Vivió de coimas y murió en la ley vieja, mancado por la fama y las tripas sobre una cancha de taba donde se jugó por turno el recado, las escuadras y la vida. Ramón es cinco años más joven que su medio hermano. Sólo tiene cuarenta. Posee antecedentes pa-

cíficos. Gauna, su difunto padre, era peón de carretera. De ahí que sólo alcanzara las segundas nupcias.
Vivió en paz y murió de carbunco, sin ruido y sin «doctor». Los hermanos no se parecen. No se aman. Tienen dos ranchos, dos chupas, dos gallos y dos apellativos.
Entonces Ramón se pone un poncho y sale. El pampero da relieve a su figura insignificante en días de calma. Se asoma a la barranca y en la playa blanca de espuma distingue un bulto.
— ¿Y aquello, Ciriaco?
— ¿Ande? — pregunta el otro.
— En la arena.
— Una barrica es.
— ¿La sacó el agua?
Ciriaco apela al monosílabo.
— Yo.
¿Vacida está?
— No.
Sin inmutarse, Ramón sigue tirando el gancho de su interrogante.
— ¿Qué tiene, ché?
— Azúcar.
Viven a dos leguas del último rancho. Allí no ocurre nada. Si la barranca se empujó fué para alcanzar alguna novedad. Abajo, a diez metros, se curva la playa del Tiburón. Está sostenida por dos escollos. En los días de temporal es una cuerda de ropa con puntillas. A veces está azul, otras, gris...
Hay mañanas en que la playa aburrída se levanta en las alas de un millar de gaviotas. Es una vieja criolla, brava, honda y generosa. Casi todos los días trae a los Gaunas leñas para el fuego. A ocasiones, les deja también algún ahogado, cuyo cadáver negro, limado por los peces, hace la plancha horas y horas a la orilla del agua. No se molestan en esperarla. La chimangada avisa. Entonces Ramona baja con una pala y lo entierra, mientras en su lecho de inválida, más supersfiosiosa que cristiana, mascula oraciones por el difunto gringo. Y, a la derecha, desde lo alto de un medano se alcanza a ver el camino al Bañeario.
Ramón Gauna cuida un pozo en esa carretera. Vive de

sacar «peludos» con su yunta de bueyes. Durante el verano, el negocio da para mate dulce. Pero recién apunta la primavera y llevan seis meses de caras sucias y «amargos lavaos».
— ¡Azúcar!
— Si...
— ¿Estás afando la rastra para subirla?
— ¡Claro!
— ¿Querés que te ayude, Ciriaco?
Antes de responder Mendoza aclara.
— ¿Vaj'a cobrarme por tu mano?
— ¡Cómo cobrar!... ¡Me basta con el atracón de dulces que vamos a darnos!...
— El mayor pellizca la chupa, arma un flaco...
— ¡Andás errao, Ramón! — declara.
— ¡Yo me llevo la barrical!
— ¿Ande?
— La vi'a vender al pueblo...
Gauna, erizado, desprende el maneador de la «oiderave».
— ¡No! — grita.
Sin prisa, Ciriaco desenvaina. El menor baja el tono. Se le alisan las golillas. ¿Porqué? No quiere preguntárselo. Sabe que no es respefo. Tolerancia tampoco. ¿Miedo? Desconoce, ignora al hermano. La noticia de la muerte del sargento Mendoza llegó muy cansada a sus ranchos. Ciriaco tenía quince años. Mientras doña Marta gastaba en luto los últimos cobres, el hijo vió que el hambre andaba cerca, montó en su petizo y se fué. Nadie supo de él. A poco, nadie habló de él. La huída del huérfano favoreció las segundas nupcias de la viuda. Pasaron diez años. El suplente del finado sargento pagó con su cuero el robo de un cuero ajeno. Se marchó sin conocer a su hijastro. Una tardecita, doña Marta recibió la primera carta del hijo prófugo ¡Cuánto lloró esa tarde y las siguientes! Aquel niño era su verdadero hijo. Ya podía Ramón hacer milagros y emponyar virtudes. Jamás iba a poder con el otro. Las noticias del prodigio humedecieron hasta la leña.
Ciriaco estaba en la cárcel.
«Fué más bien uniscusión que trenzada — escribía — lo que teníamos con mi finao». Había sido condenado a diez
(CONTINUARÁ)